

CAPÍTULO 6.

EL VICARIO SE VE ENVUELTO EN LA HISTORIA A CAUSA DE UNA DONCELLA Y TIENE UNA CITA.



Mientras ella se apresuraba, llorando, a bajar a su recámara, la hija se asomó compasiva desde su cuartito. La señora Ágata la ahuyentó con fuerza. -Niña, niña, ¿cuándo vas a ser responsable? Ves que tengo puesto mi uniforme, que vengo del cuarto de tu tío, y no debes acercárteme -con esto le cerró la puerta. Se demoró allí inmóvil, a causa de la desesperación que le causaba el extraño ser de su hermano; luego se trabó una exaltada conversación entre las dos mujeres.

A toda prisa Ágata le narró su aventura. Perpleja, unía las manos y sollozaba: -¿Qué voy a hacer? Esto no puede continuar así. Al tío simplemente le falta un tornillo. No quiero llamar al horrendo Vorbeuger. Es capaz de encerrar a mi querido hermano en un manicomio. ¿Quién me ayudará?

Al tiempo que la señora se arrojaba gimiendo sobre la silla, allá afuera, y se quitaba la máscara del rostro para secarse las lágrimas, allá adentro Albina sostenía luchas del todo diferentes. No se preocupaba por el tío. Desde la infancia se había acostumbrado a venerar su infalibilidad, que todo lo lograba, y ahora ella no dudaba que su enfermedad terminaría de la mejor manera. Pero ya hacía mucho que aguardaba la oportunidad para ejecutar sus propios y secretos planes. Estaba resuelta a labrar por sí misma su felicidad. Ahora estaba indecisa allí y de repente se ponía roja, de repente pálida, así la avergonzaban sus ocultos deseos. Dos veces seguidas abrió la boca para hablar y por dos veces se le cortó la palabra. Antes de intentarlo por tercera vez, se pellizcó en el brazo para darse valor; luego, puso la cara más desvergonzada que tenía a su disposición, como la que solía utilizar en la escuela cuando negociaba con su maestro de historia, todo adornado de rizos, y dijo serenamente. -Sabes, mamá, el tío no necesita ningún médico, lo que necesita son consuelos religiosos.

-Criatura -gritó Ágata en medio de llantos de alegría-, Dios te inspiró ese pensamiento. Por supuesto que el cura debe venir, pues el tío blasfema contra Dios y todos los santos con eso de su elevado designio. Nuestro buen Breitsprecher nos ayudará -de repente decayó su ánimo-. No -se interrumpió-. Eso no resultará. Ya sabes que hace poco, a mi pedido, llevó a Augusto a capítulo y advirtió que las picaduras de las chinches eran un envío de Dios, que se debía soportar con humildad y uno no se debería rascar ni una vez; por eso le mandó a Augusto un ejemplar viviente como tentación nocturna contra la humildad. Ése fue el único adversario que no pudo ejecutar. Desde entonces se acabó todo entre ellos.

Albina contuvo la respiración. Ahora tenía que darse la decisión. Reuniendo todas las fuerzas, hizo salir estas palabras: -No tiene que ser exactamente Breitsprecher.

Ágata se levantó de un salto. -Excelente -gritó-, el otro, el vicario, es el apropiado.

Albina, desde el otro lado de la pared, asentía con serios movimientos de cabeza.

-Quisiera besarte -continuó Ágata-, sólo espera a que me quite el uniforme. El vicario Ende le queda al tío. Sabe hablar y a Augusto le cae bien. Adiós, mi corazoncito -rápido se fue de allí, y a los pocos momentos salió la desdentada Trude a traer al vicario.

Albina se quedó cerca de la puerta por un buen rato. -Es el apropiado -repitió en voz baja, y se puso a bailar, cogiendo la punta de su vestido, por todo el cuarto; además cantaba con su propia melodía:- Él y ningún otro, él es el apropiado -repentinamente se detuvo. Sonó la campanilla. Allí estaba el vicario. Rápido, rápido, un delantal para parecer trabajadora; cepillarse el cabello para verse como la Madona, con

la que hacía poco la habían comparado. “Qué aburrido un rostro tan piadoso. Yo le quito la preferencia”, pensó mientras se examinaba. Se dirigió a la puerta, muy recatada, sin embargo se detuvo y con un rápido ademán jaló un ricito detrás de la oreja. Él tenía que ver la oreja, era linda.

Él la vio, en efecto, y sintió deseos, no malsanos, de estirarle el pelo, mientras estaba en una animada deliberación, sentado entre las dos mujeres. En breve, se trazó el plan de guerra y Pablo Ende se enfrentó a su destino con ánimo seguro, destino que tramaba fantásticos planes dentro de la cámara de la escarlatina.

Allí, entretanto, el señor Müller había seguido el curso de sus pensamientos, que lo conducían por desviaciones más lejanas. Al principio no se dio cuenta de que su hermana había salido. Con el rostro contra la pared seguía hablando: -La aniquilación del género de las chinches por medio de la escarlatina es un símbolo. Muestra el camino por donde avanza el destino. Nos permite echar una profunda mirada en el acontecer de las cosas. Allí está frente a nosotros la fuerza que de continuo quiere la maldad y siempre logra la bondad, un Mefistófeles de las chinches con manto rojo, que aparece miles de veces. ¿No es verdad, que tú no habías pensado que yo, desde mi punto de vista, estoy por iniciar una nueva época en las investigaciones sobre Goethe? Qué no darían los señores eruditos por ver de repente el ser del poeta ante ellos, tan claramente como yo lo veo. ¿O consideras una casualidad que el diablo se haga llamar el señor de las chinches, y que los servidores de la bondad sean insectos creadores de maldad? Existen secretas y sobrenaturales conexiones allí; la lengua profética del poeta habla de lo que sucede ahora. Me llama una gran obra en miles de voces y, también, resuena la de Goethe. Ante mí se abre un incommensurable campo de investigación, de reflexión, Y cada vez con mayor fuerza, se arraiga en mí la convicción de que en esta cabeza están guardados mundos por venir.

Augusto sintió el apremio de mostrar estos mundos dentro de su cabeza con un gesto. Como estaba poniéndose las medias debajo de la colcha, sus manos no estaban libres; así, con todas sus fuerzas, estrelló el cráneo preñado de mundo contra la pared, pues en cierto modo quería convencerse a sí mismo de su abundancia, por medio del sonido. Inesperadamente le llegó el dolor y se puso a pasear desconcertado por el cuarto vacío, viendo a todas partes, asombrado con la huida de la hermana.

Sin embargo, comenzó a tejer para sí sus hilos en seguida. Le pareció infinito el dominio de la bondad generadora de maldad, considerado fugazmente. Prontamente empezó a dividirlo. El mero estudio de la utilidad de la enfermedad era ya una tarea para toda la vida. La crueldad, la envidia, la estupidez, todo se le aparecía bajo una nueva luz. Se sumergió tanto en sus extrañas ideas que todos los vicios, vilezas, faltas ganaron su cariño al momento y, en cierto modo, él acariciándolos, los mimaba.

El brillo rojo que en ese momento cubría todo el cielo en el crepúsculo y llenaba su cuarto con luz de fuego, lo condujo a pensamientos sangrientos. La historia de las religiones pasó ante sus ojos en rápidas imágenes: las víctimas humanas, las torturas de los mártires, la persecución de los herejes, las batallas por la fe, todo lo veía ahora como si fuera el sangrante arbol de la tarde, que anunciaba la santa paz de la noche. Y esta misma noche, la mal reputada, tétrica, malvada noche, ¿no era la creadora de todo lo viviente, la amiga del futuro, la que despertaba a incontables vidas? Volviendo, de repente, al punto de partida, se rio lleno de un sentimiento de victoria y orgullo, al ocurrírsele que había sido de noche cuando dio muerte a las enemigas rojas, el símbolo de todo lo malo. Todo le pareció sumergido en rojo, lo que veía y pensaba, y entre todo lo ensangrentado bailaba chuscamente el rojor color del amor. Con esto se confundió aún más.

En este momento, cuando el entendimiento de Augusto estaba justamente entre la iglesia y el amor, entró en el cuarto el vicario. Su aparición dio oportunidad al pobre loco de seguir tejiendo sus hilos. -Viene usted como mandado traer, querido vicario, como aparición de arriba, un legítimo mensajero de Dios -diciendo esto, le tendió la mano desde la cama.

Ende se puso a la obra con los mejores propósitos, quería escuchar en silencio por lo pronto, para formarse un juicio imparcial sobre el enfermo y, luego, hablar conmovedoramente con tranquila dignidad, como un verdadero pastor de almas. Sin embargo, exactamente ahora no estaba a la altura de su papel. Sea por lo extraordinario de su tarea, o por la íntima conversación con ambas mujeres, su ánimo se alteró muy pronto. Su confusión se hizo mayor, pues Augusto no le soltaba la mano desde que se la había pescado. Una sensación de esclavitud invadió al sacerdote.

-Yo estaba pensando sobre la prohibición del matrimonio a los sacerdotes y, de cierta manera, usted se presenta ante mí como la encarnación de esta pregunta, bajo la luz roja del sol, joven, como paseándose

con libertad. Si no me hubiera vuelto visionario, podría pensar que su venida decide el problema en favor del matrimonio de los curas. Pero así miro con más profundidad y reconozco solamente un presagio de su futuro. Usted no sirve para prometido de Dios, y ya veo ondear los rizos a los que se va a rendir.

El vicario liberó su mano del apretón del enfermo y se pasó la derecha sobre los ojos; en verdad le bailaba un rizo por enfrente. –Discúlpeme, señor Müller -comenzó-, si hablo francamente. Yo soy pastor protestante y me da mucha pena oírlo hablar así. El alma de las personas es un ente enigmático, con rincones y sombras secretas. Sólo la luz que irradie de otra alma la aclara. Nosotros los sacerdotes necesitamos el matrimonio, la abierta y verdadera comunidad con otro ser, en el que aprendemos a hacernos auxiliares espirituales. El matrimonio es la gran escuela para todos, un destino de los hombres, como lo enseñan, con profundidad, las historias antiguas sobre la creación de la mujer. El modo de ser de los sacerdotes, tal como lo produjo la ambición de Roma, es la apostasía más maligna de la doctrina de Cristo. Que nadie se inmiscuya entre el corazón del hombre y su Dios, ése es, precisamente, el más profundo sentido del Evangelio. El sacerdote es una persona y lo sigue siendo aun en su cargo. Nada humano debe ser ajeno a él, el proclamador del amor humano, y menos el matrimonio, que le enseña a vencer sus propias debilidades y a tolerar amorosamente a los extraños.

En ese momento, una sonora carcajada del interlocutor interrumpió al fogoso orador. –Perdóneme, querido señor Ende, perdone mi risa impertinente. Usted habla tan cálidamente, y yo tomo parte de todo corazón en su futura felicidad, que ya brilla en sus ojos. Pero el final, eso fue un Breitsprecher cabal, un ejemplo típico de contagio espiritual.

El vicario prorrumpió: ¡Oh, por favor, dejemos fuera del juego todas las cuestiones personales!

Müller se rio con más ganas. –No tenga miedo, yo no voy a acusarlo con la bella mujer de que, en cierta forma, usted se quiere casar como una prueba de paciencia.

Pablo Ende perdió la serenidad. –No quería decir eso –gritó con rapidez-. Quisiera evitar que se comprometiera a mi colega y superior.

En los ojos de Müller brillaba la burla. –Pero si eso viene muy al caso. ¡No, quédese sentado, tranquilo! Él lo contagió de humildad, y ése es uno de los peligros de esa infección. Si usted la tolera, antes de un año se habrá transformado de un proclamador del amor humano en un sacerdote. Pues entre los llamados protestantes hay también sacerdotes, o si usted quiere frailes, ¿no me lo negará? Sí, me parece que el pastor evangelista está situado, por su oficio, también entre Dios y los hombres. Sólo que nuestra confesión protestante no le da el poder que tiene el sacerdote católico, con su facultad de producir durante la misa el cuerpo de Dios. Tal cuestión representa una gran falla de la constitución de nuestra Iglesia, por la cual perecerá un día la doctrina evangelista.

–Es el gran mérito de nuestra doctrina –replicó el vicario-, pues quebrantó la superstición del poder clerical de atar y desatar. La fe sola y no la Iglesia nos proporciona la salvación. La esencia del protestantismo es la libertad del individuo –se había olvidado completamente de que estaba hablando con un loco, pero pronto las siguientes palabras de Müller se lo recordaron.

–Nunca he comprendido –comenzó éste- lo que la palabra protestantismo tiene aún que ver con nuestra doctrina, podría ser porque aboga pro testiculus contra el celibato. Nuestra confesión ya no estriba en una protesta contra una doctrina, sino que es por sí misma una doctrina, precisamente la doctrina de la fe. La palabra evangelista nos queda, porque entre nosotros se habla tan bellamente. Los protestantes no pueden construir nunca una iglesia comunitaria, ya que la Iglesia rechaza a cada protestante sin más, como Cristo mismo los rechazó. La edificación de una Iglesia, la unión de la comunidad en tal institución, representa una enfermedad infecciosa del alma, contra la cual el protestante está inmune –Augusto se había sentado en la orilla de la cama y contemplaba pensativo sus piernas desnudas-. Se sabe tan poco sobre las enfermedades contagiosas, tanto las espirituales como las corporales. Pero eso está por cambiar. Cuando haya asimilado completamente las experiencias de los últimos días –quitó precipitadamente las sábanas del colchón y se puso a buscar algo entre los pliegues de la funda-; las voy a examinar y trabajar científicamente y no tengo la menor duda de que muy pronto se erigirá sobre el nuevo fundamento una nueva ciencia. Ya se puede decir algo al respecto.

–Así, quisiera suponer que aquí también rige una cierta ley de las contradicciones; opino que una infección psíquica transforma el cuerpo, mientras que el contagio corporal cambia el espíritu. Eso último lo experimenté en mi propia persona. Mi fiebre escarlatina ha transmutado todo mi ser interno, tanto que

todavía no me atrevo a creerlo. En cuanto a la infección espiritual, la Iglesia ofrece un buen ejemplo. Si una persona es contagiada clericalmente, entonces su rostro, su actitud, todo su ser externo sufre una determinada transformación. Se muestra hasta en la ropa. Es la inevitable consecuencia del contagio. Exactamente como yo me puse rojo a causa de la escarlatina, así usted trae vestiduras negras, porque padece la fiebre eclesiástica, de una manera muy especial: la fiebre de humildad es una variedad fatal. Su veneno es la conciencia del pecado y del miedo. La humildad no quiere ser notada, se desliza en la oscuridad. Propaga a su alrededor la noche en la figura del hábito negro. Es una erupción psíquica, de la misma manera que la tonsura de los católicos es una caída de pelo psíquica, con la que se expresa el pensamiento de que el sacerdote está más cercano al cielo que otras gentes; que la bienaventuranza de todos los santos se refleja en él; que la revelación puede entrar con mayor facilidad en su cráneo. ¡Vea usted qué calva está mi cabeza! ¿La ve? ¡Y saque su conclusión! La iluminación desde las alturas chamusca, en cierto modo, el cabello y si es muy fuerte, se llega a una acumulación de rayos, a la aureola.

El vicario había escuchado en silencio. Se dio cuenta de que había aumentado la confusión con su réplica y entonces hizo el intento de entrar en los absurdos pensamientos de su protegido. –Usted inaugura, realmente, un vasto panorama para los investigadores y para los conocedores de almas; me esforzaré en continuar reflexionando sobre estas ideas. Sin embargo, me parece que usted necesita encaminar a su campo otros recursos. Usted aclara fenómenos masivos, tal vez correcta o falsamente, pero en todo caso de manera peculiar. Pero ¿cómo se ocupa de los fenómenos individuales, de los grandes hombres con sus excepcionales cualidades, sus rostros y costumbres notables? Puedo imaginarme que una determinada tendencia espiritual conlleva ciertos indicios externos. Uno podría deducir el bigote de Nietzsche de su voluntad de poder, tomar la erizada melena de Ibsen por un símbolo de la discrepancia entre la falsedad de la vida y la verdad de la vida. Pero, en fin, todo esto no es infección. En todo caso, enfermedad.

–Es autoinfección, mi estimado. ¡Puf, qué fea palabra Digamos contagio propio. Estamos acostumbrados a aceptar que la actividad pensante se despliega en el cerebro únicamente. Sin embargo, eso es una lóbrega superstición, que sólo pueden permitirse aquellos que nunca han sido picados. Si el cerebro piensa, piensa conjuntamente con las puntas de los bigotes, así como con las uñas o las paredes intestinales. Eso lo sabe cualquiera. Sin lugar a dudas, estos procesos son accesibles a una investigación científica, y nuestra época, que se considera muy ilustrada, prueba sólo que se encuentra aún profundamente inmersa en la superstición, cuando se ríe de que las gentes con diferentes almas huelen diferente; cuando afirma tontamente que no se puede leer el futuro en la palma de la mano o que no se puede juzgar un carácter por la conformación craneana. Un callo puede salir tanto por la presión de los pensamientos como por la presión del zapato; y la ciencia va a llegar tan lejos que podrá verificar los pensamientos con los que la gente se ocupa, a solas en lugar tranquilo, por medio de la forma de la defecación –la mirada de Augusto irradiaba entusiasmo, cuando al mismo tiempo vio los utensilios con que la previsorá Ágata había decorado su celda-. Vea usted, señor vicario, tal bacínica, llamada comúnmente entre nosotros la silla nocturna, dentro de poco será conocida como la silla prueba pensamiento. Se va a colocar en todas las prisiones, para seguir la pista de los secretos de los delincuentes. Los reyes la darán como regalo de honor a los hombres de Estado de otros países; entonces, espías especiales, con el título de olfateadores de pensamientos, indagarán los planes de los vecinos envidiosos. A partir de ese momento habrá alta política –conmovido por la profundidad de estos pensamientos, Augusto levantó la mirada hacia el techo y guardó silencio con un respetuoso asombro por la riqueza de sus inspiraciones.

El vicario se sentía mareado. Intentó interrumpir la conversación con un esfuerzo desesperado. –Yo le doy las gracias –comenzó-, por esta hora inolvidable. Usted me transmitió impresiones de los más secretos abismos del ser humano –Augusto estaba en la silla prueba pensamientos-, y no me atrevo a continuar escuchando, dado el peligro de ser completamente subyugado. Todo eso requiere ponerse a pensar serenamente y en soledad. La noche que comienza ahora me dará el ocio para aclimatarme a las nuevas ideas. Me permite usted que, sentado en su lecho, sueñe en sus sugerencias. Usted mismo, sin embargo, debería cuidar su preciosa energía y fortalecerse en el sueño para la maravillosa transformación.

Augusto sonrió con satisfacción. Sentado, continuaba enseñando: –Mi cerebro está en fermentación, ya lo sé, y reconozco agradecido sus cuidados. Aquel que es llamado a producir cosas grandes, como yo, no debe tratar descuidadamente a sus propias gentes. Sólo permítame concluir con brevedad mis ideas. A fin de estudiar todo el fenómeno del contagio, el mejor camino se encuentra en el efecto del pensamiento en

la estructura corporal. Porque de eso se trata el contagio. El pensamiento de haber ofendido la vergüenza contagia los vasos capilares de las mejillas de las mujeres, de tal manera que se llenan con sangre. La idea de la fidelidad de los vasallos contaminó tanto al individuo Bismarck que adquirió el aspecto de dogo. Pero ésa es sólo una parte del asunto. Para el investigador profundo, particularmente cuando realiza tales experimentos como los míos, se trata más de averiguar qué tipo de contagio corporal han producido en los grandes hombres determinadas tendencias espirituales; por ejemplo, qué relación tiene el arte poético de Goethe con las viruelas que padeció siendo niño. De aquí en adelante, se tendrá que investigar de manera muy diferente la vida de nuestros príncipes del espíritu con más precisión –con estas palabras, Augusto dio una prueba humana común de cómo sería pensar tal investigación, puso la tapa encima y se volvió a acostar-. El catarro que padece un niño tiene, en verdad, mayor importancia que una clase en la escuela; sí, se resolverá un enigma sobre un juicio kantiano antes por el estudio de su mucosa nasal, que mediante la lectura de su obra. La gente cuyo espíritu haya sufrido una transformación por contagio debe darse a conocer en trance de un síntoma particular, de manera que el estudio no se disemine tanto, y aún más para que siempre tenga presente su elevado oficio. He reflexionado sobre cuál símbolo debo seleccionar para mí mismo; lo he hecho durante el ocio, que mi hermana no me envidia. Y me cayó éste en las manos –Augusto sacó de debajo de la colcha una caja de cerillos y la abrió cuidadosamente-. Mire usted, ésta es la última enemiga que ejecuté. Se me ocurrió hacerla montar, rodeada de rubí y con fondo negro, y usarla como anillo, y también como divisa: “A través de la batalla nocturna a la luz del triunfo.” ¿Qué piensa usted sobre esto? Sería algo más que el Escrutador de almas de Goethe y Ágata se pondría furiosa. La chinche como símbolo de la batalla en las tinieblas, el rubí como emblema del brillante triunfo de la escarlatina.

El vicario sollozaba. Como no consiguió conjurar al fantasma de las chinches con escarlatina, se echó a perder la tranquilidad nocturna de ambos.

-Deténgase, señor Müller –suplicó-. La nueva doctrina que usted me transmitió, satisface todo mi ser y ya no soy capaz de pensar en cualquier otra cosa. Si su infatigable espíritu continúa vagando, no vea con malos ojos mi deseo de serenarme.

Tranquilo, Augusto cerró su caja de cerillos, le estrechó la mano al joven amigo y dijo: -Tiene razón. No debo presionar al primer alumno que encuentro. Así pues, buenas noches por hoy –así, se dio la vuelta y al momento siguiente, por los ronquidos que oyó el vicario, se había dormido.

Pablo Ende se limpió el sudor de la frente. Observó al durmiente con un poco de compasión y un poco de miedo, siempre en espera de que se despertara y lo atacara su delirio.

Así, se quedó sentado por una hora con paciencia. Paulatinamente, sin embargo, mientras se fue haciendo la oscuridad de la noche en el cuarto, se le filtraron toda clase de pensamientos y lo llevaron al sueño. Sintió que estaba predicando en el púlpito y que al levantar la mano para dar la bendición, veía que tenía un rizo rubio alrededor del dedo. Quería quitárselo, entonces el rizo sonó como vidrio y una voz de muchacha susurró a su oído: señor vicario. Dos veces hizo él el intento. A la tercera se despertó y oyó ahora con claridad que Albina lo llamaba desde el jardín. Al mismo tiempo percibió el golpe de una piedrita contra la ventana. Se levantó, con cuidado miró a su protegido y se apresuró al balcón.

En verdad, vio relucir allá abajo en el pasto un vestido blanco. Al abrir la ventana con rapidez, quiso el destino que Albinita, en ese momento, lanzara otra piedra. Por poco le dio al digno sacerdote en medio de la cara, pero él alcanzó a esquivarla felizmente; por supuesto ni ésta ni las otras por suerte le dieron, como se verá en la continuación de esta historia. –Espera, cosa mala –se dijo a sí mismo; sin responder a la pregunta de la muchacha sobre el estado de salud del tío, se trepó a la barandilla del balcón y por la rejilla de la parra se deslizó hasta el suelo.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck